

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, continuacion, por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*El Mensaje*, poesia, por don E. Florentino Sanz.—*Zaida Sobeiha*, por D. Federico de Sawa.—*Un interior de diligencia*, traduccion, por D. José Marco.—*El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Modas*, por Pamela.—*Dibujo de tapiceria*, por Pamela.—LÁMINAS.—Una para la novela y otra de tapiceria.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

XVI.

MÉLIDA Á LA CONDESA.

Urrea de Jalon, julio de 18...

¿Cuándo vendrás á mi lado, querida mamá mia? ¿cuándo podré sentir tus brazos alrededor de mi cuello, y podré besar tus grandes y hermosos ojos negros en los que hallo escrita tanta ternura para mí?

Puesto que Clara ha de casarse aquí, en el castillo de la mariscala ¿por qué no venís ya?

Yo te necesito, mamá mia: hay en mi cerebro pensamientos estraños, que me ponen triste algunas veces: aquí ha habido mudanzas, que, mas bien que para escritas, son para que tu vengas y las veas.

Tu has hecho de modo, que, aun viviendo separada de tu lado, te he considerado siempre como á mi mejor amiga: toda idea, que no puedo comunicarte, se resiste á entrar en mi cabeza como absurda y culpable: jamás ha habido en mi corazon ni un pliegue para tí, y toda la dicha de mi vida es obra tuya, mi buena, adorada é indulgente madre!

¿Cuánto he compadecido, desde los mas tiernos dias de mi infancia, á aquellas niñas que se ocultaban de sus madres para hacer ó decir algo! ¿qué triste debe ser eso, y cómo necesita

AÑO I.—NÚM. 27.

el corazon de la ternura y santa confianza que una madre inspira!

Segun mi antigua y grata costumbre, hoy he de confiarte una cosa: por la primera vez, he conocido á un jóven, que dicen que me ama... sí, todos lo dicen aquí, y el pueblo entero se halla tan escandalizado de que se atreva á quererme, que se rien de él muchos, otros le reconviene y todos le critican.

Yo creia que no podia mandarse al corazon y que el amor era una llama tan grande, tan sublime, tan noble y tan bella, que solo Dios la encendia en el alma con su mirada divina, y que solo Dios podia apagarla.

Pero ¿qué dirás, madre mia, al leer esto que te escribo? ¿te reirás, como otras veces, de mis graves consideraciones? ¿te estrañará esta confianza que te hago? sea como quiera, ya ves cuanto necesito de ti: ya ves cuan precisa eres á mi lado: no dilates pues, madre mia, tu llegada aquí.

Este jóven, de que te hablo, es hijo del alcalde: se llama Juan Bautista, y tiene un hermano dos años menor que él, que es el novio de María, la hija mas pequeña del señor Herrera.

La boda de Juan Bautista con Valentina estaba tratada tambien desde hace tiempo, pues ya sabes mejor que yo que en los pueblos se destinan los niños unos para otros casi desde que nacen: hace ya años que, segun me ha contado Valentina, dijo el alcalde al Sr. Herrera:

—Antonio, tú tienes dos hijas: yo dos hijos: casémoslos así que tengan edad para ello: yo tengo algo mas caudal que tú: en cambio ellas son lindas como una plata, y siendo hijas de tu mujer, no hay que decir si serán buenas: con que está dicho.

El haberse encargado su tío de la educacion de Valentina, y el haberla puesto en un colegio de Madrid, disgustó al alcalde, y mas aun á su mujer recta, grave y dotada de un exacto y justo raciocinio.

24 DE JULIO DE 1864.

—No me gusta que esa chica, que ha de ser mi nuera, se eduque en la corte, dijo: para ser una buena ama de su casa, no necesitaba saber hacer flores, ni dibujar, ni tocar el piano, sino coser ropa de lino, hacer manteca y queso, dar de comer á las gallinas y limpiar su casa, sin olvidar el cuidado de la ropa de su marido.

Pero al llegar Valentina, su hijo mayor se puso tan contento del proyecto de boda de sus padres, y parecia tan deslumbrado con su hermosura, que la buena alcaldesa, al verle tan dichoso, perdonó á su futura nuera su brillante educacion.

Bien pronto, mi pobre amiga se llevó tras sí la antipatía de todo el pueblo: su desden hacia esta vida sencilla y apacible: su aversion hacia su novio y hacia los padres de este, sobre todo hacia su madre que es severa en demasia, la hicieron aislarse, y todos se separaron de ella voluntariamente.

De los últimos fué Juan Bautista: aun creo que la amaba cuando llegué yo: pero entonces se operó en él un cambio que yo misma conocí, y que todos conocieron mucho antes de que yo me aperciese de él siquiera.

Nunca me ha dicho que me quiere; sin embargo, se le conocia, y avergonzado de lo que él creía una ofensa hacia mí, dejó de venir á casa del Sr. Herrera, y se ocultaba cuando nos veia.

Solo en la iglesia le hallaba alguna vez: era indudable que sufría cuando buscaba á Dios, porque tengo reparado, madre mia, que nuestro espíritu egoista rara vez le busca en la felicidad.

Se iba poniendo enfermo y pálido: tanto, que unos veinte dias despues de llegar yo aquí, le dió calentura, y ya no salia de casa: los padres y la hermana de Valentina iban á verle, y al volver decian que se hallaba muy mal, y que le habia dado ictericia, hija de la gran tristeza que le dominaba.

El señor cura propuso al alcalde enviarle con un hermano que tiene en la grande y hermosa villa de Épila, que, como sabes, dista poco de aquí: este hermano es un escribano viudo con dos hijos de la edad de Juan Bautista, buenos y laboriosos muchachos, que es indudable le distraerán.

Yo me he refugiado en casa de la señora mariscala, donde paso casi todo el dia, porque parece que algunas personas allegadas á Juan Bautista, y sobre todo, su propia familia, me miran con aversion.

El domingo pasado, salia yo de misa con la señora Marta y Valentina, y pasó la alcaldesa por nuestro lado; echó sobre mí una mirada iracunda y exclamó:

—¡A qué vendrán aquí estas mojigatas de madrileñas, y por qué Dios nos las enviará para alterar la paz de las familias!

Esto es injusto ¿verdad, mamá? tengo yo la culpa de que me quiera ese jóven? ¿no soy fea mas bien que bonita? ¿he hecho yo algo para cautivar su atencion? bien sabe Dios, y tú, madre mia, que me conoces, sabes tambien que nó.

Ya hace algunos dias que se marchó Juan Bautista, y yo no me he atrevido aun á preguntarle por él; tanto es lo que temo que se burlen de mí, ó que me acusen de este interés tan natural, como de una falta.

¿Estará peor? ¿se morirá? ¡ojalá jamás hubiera venido y me hubiera ido contigo á Barcelona!

Valentina, causa inocente de todos estos trastornos, parece ya haber tomado su partido.

No se queja, ni llora: ya come y pasea, habla conmigo y me acompaña cada dia á casa de la señora mariscala, á la que agrada por su belleza y elegantes maneras: yo creo que la sociedad de esta señora y la mia, aunque parezca algo de vanidad, es lo que ha reconciliado á esta pobre muchacha con su suerte.

Pero ¡ay! ¡cuán poco satisfacen á una alma recta estos efimeros consuelos que se apoyan en la vanidad! ¿qué será de esta pobre criatura el dia que nos vayamos á Madrid?

Ahora si que, á lo menos por unos dias, va á ser dichosa: la boda de César y de Clara traerá muchos convidados de la capital: ella se interesa sobremanera por todos los pormenores de este enlace y parece envidiar la suerte de Clara: me pregunta muchas veces por la figura y cualidades del novio: le enseño su retrato que la señora mariscala tiene colgado á la cabecera de su lecho, y siempre acaba por decirme suspirando:

—¡Ah! ¡qué dichosa es tu hermana!

Las dos nos estamos haciendo los vestidos que tú, mi querida mamá, nos has enviado, y que estrenaremos el dia de la boda: ¡qué buen gusto has tenido! el de Valentina, de muselina de la India con ramitos de violetas, es precioso por su frescura: el mio de tafetan blanco, con lunares azules, es elegantísimo: yo me lo hago liso, y solo llevará algunos lazos de cinta azul. Valentina le adorna algo mas, y, es preciso confesarlo, con mucho primor: sin embargo, al mirar los dos, dice suspirando tambien:

—¡El mio es muy sencillo!

¡Qué triste pensacion tiene á verlo todo por el lado oscuro! ¡pobre Valentina!

Yo estoy llena de alegría con los dos trajes blancos que Clara me ha enviado: la señora mariscala los ha completado con dos sombreritos, uno de paja y otro de crespon blanco que me ha hecho traer de Madrid, y con dos lindos chales de gasa.

Cuando esta excelente señora se apercibió de lo que pasaba y de las habladurias del pueblo acerca del pretendido amor de Juan Bautista, se indignó, pero despues se rió á carcajadas de que

supusieran que aquel se atreviese, no solo á amarme, pero ni á mirarme siquiera.

—Quédate conmigo, hija mia, me ha dicho: la tonta ha sido tu madre en enviar un cisne á una manada de osos.

Ven lo [antes posible, madre mia: deseo mucho abrazaros á tí y á Clara, y empiezo á ponerme muy triste.

MÉLIDA.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL MENSAGE.

(Traducción del Aleman.)

Sus, servidor, y enjaeza
Mas que á paso tu alazan;
Y ¡arriba! y por la maleza
Galopa á la fortaleza
Del rey Cristian.

Y con maña te desliza
En la real caballeriza,
Y sonsaca, por quien soy,
Al palafrenero real
Cual de las princesas, cual
Se casa hoy.

Si fuese la rubia, al punto
Ven de retorno y me avisa;
Si la morena... el asunto
No corre prisa.

Y en tal caso, lo priméro
Al maese cordelero
Compra un cordel al pasar;
Monta luego en tu corcel,
Y despacio y sin chistar
Tráeme el cordel.

E. FLORENTINO SANZ.

ZAIDA SOBEIHA.

EPISODIO ÁRABE.

Sevilla es la ciudad de las tradiciones.

Contemplad sus grandiosos monumentos erigidos por la poesía de los orientales, por el severo ascetismo de nuestros piadosos monarcas, por el fausto de los magnates.

Examinad esas enormes moles de granito, embellecidas por el cincel del artífice; penetrad en sus anchurosos recintos, donde retumba medroso el rumor de vuestras pisadas, y al de-

teneros en las magníficas estancias, bajo aquellos techos preciosamente escultados, vuestra imaginación os conducirá, en alas de la fantasía, á regiones desconocidas; brillará en vuestro pensamiento el recuerdo de cien generaciones heroicas: creereis ver pasar á vuestro lado hermosas damas deslumbrantes de galas, gentileza y bizarría; gallardos caballeros cubiertos de recias armaduras: aparecerán ante vuestros ojos, como por ensalmo, justas y torneos, hechos de armas, crímenes horribles, historias de amor, la edad media, en fin, con sus bravos paladines é inspirados trovadores, sus batallas, sus hazañas, su épica grandeza escrita allí, de manera harto elocuente, en páginas de piedra.

Todo esto y mas cruzará por vuestra mente con la rapidez que el relámpago enciende el caos cuando retumba el trueno.

Sevilla es la joya mas preciada de Andalucía.

Ved su cielo, siempre puro y azul.

Cruza sus bellos jardines y os arrobareis con el suave perfume de sus flores, con el apacible murmurio de sus cristalinas fuentes, con el manso susurro de las auras en la fronda de los bosquecillos donde trinan enamorados ruiseñores.

Sevilla, con su claro Betis, el de las arenas de oro tan ensalzado por los poetas, sus divinos horizontes, sus torres y minaretes, sus huertos y florestas, y sus bellas moradoras, es la perla mas codiciada de España, el paraíso de Occidente, la célica mansión de las huries, la soñada casba de los califas Onmiadas.

I.

Una plácida noche de la luna de reheb (1) corriendo el año 431 (2) de la Egira, un árabe gine en un fogoso corcel del Atlas, ricamente enjaezado, ondeando al viento su largo capellar de escarlata y la blanca toca bordada de oro, galopaba á una jornada corta de Sevilla, sobre el camino de Niebla.

Su apostura era bizarra y varonil; con su hermoso rostro sombreado por la continua acción del sol y el polvo de las batallas, al que servia de marco la barba negra, abundante y rizada; su frente ancha y noble; sus ojos rasgados y penetrantes, de mirada ardiente y profunda; su nariz correctamente trazada, y su boca de labios purpúreos que ocultaban una dentadura blanquísima, el árabe estaba gallardo á maravilla.

Vestía un jaco de malla; calzas malladas, y

(1) El año de los árabes es lunar, y tiene el año comun 354 dias y el intercalar 355: cada mes se cuenta desde la aparición de una nueva luna hasta la aparición de otra.

(2) 1091 de J. C.

un bonete de acero, al que se sobreponía el turbante; pendiente de sus hombros flotaba el capellar.

El poético fulgor del astro nocturno iluminaba blandamente al caballero, y el bello paisaje que se descubría á su alrededor. En lontananza, aprisionada por un bosque de acacias, palmeras, naranjos y limoneros, veíase á Sevilla levantando sus torres y minaretes cuyas pardas siluetas se destacaban vigorosamente en el claro horizonte; á su frente el barrio de Triana; mas allá los feraces campos de Tablada; alguna que otra alquería asentada en medio de los pinos y las encinas como un blanco cisne posado en el llano, y el tranquilo río, sobre el que rielaban, como raudales de brillantes, los rayos de la luna, cuyas riberas esmaltaban pintadas florecillas que crecían entre los juncos y espadañas, y que difundían, en alas del puro ambiente, sus plácidos perfumes.

El cielo sin una nubecilla, tachonado de estrellas y luceros.

En la arboleda oíase de vez en cuando el melancólico trino de algun despierto ruiseñor.

Millares de grillos lanzaban, desde sus escondrijos, su canto uniforme y monótono.

II.

Omar ben Ahmed, que así se llamaba el árabe, caminaba apercebido, la récia pica en la cuja, empuñado el yatagan, y embrazada á todo évento la fuerte adarga vacarí.

Abstraído en sus pensamientos, deshacia la distancia de su jornada.

De pronto el caballo se paró, enhiestó las orejas, oteó el campo y comenzó á relinchar.

—¡Eh! ¿qué es eso, Abger, nos amenaza algun peligro?... Adelante, la sultana Zaida Sobehia nos aguarda; adelante, Abger: no hagamos esperar al tesoro de la gentileza, á la reina de las huríes.

Y Omar, levantando su mirada al cielo, exhaló un amoroso suspiro, y metió ambos acicates en los flancos de su cabalgadura, que volvió á relinchar y adelantó el paso.

Al doblar un recodo de la senda, un triste espectáculo se presentó á los ojos del caballero.

Aquí y acullá veíanse tendidos algunos cadáveres mutilados y sangrientos, y esparecidos en desórden armas, girones de vestidos, trozos de arneses, fúnebres despojos del combate que, iluminados por la luz de la luna, presentaban un cuadro doloroso y terrible.

Omar enfrenó su corcel y contempló tristemente aquel lugar.

—¡Oh!... los lantunies han pasado por aquí: ¡esta es su huella, el terror y la muerte!.. Men-

guada fué la hora en que esos descreídos des- embarcaron en Gezira Alandalus, para causar la ruina de los musulimes!.. Malditos sean de Aláh los que así destruyen á sus hermanos llevados de bastardas ambiciones. Y vosotros, buenos creyentes, que habeis preferido la muerte á la deshonra, dormid en paz; que Dios altísimo y único os reciba en su gracia.

Esto dicho, Omar, pálido y pensativo se alejó, penetró en un espeso bosque, lo atravesó, y descabalgando, arrendó su caballo á un tronco, y se internó en una calle de árboles.

(Se continuará.)

FEDERICO DE SAWA.

UN INTERIOR DE DILIGENCIA

por

EMILIO SOUVESTRE.

El mes de setiembre iba á espirar.

La lluvia habia cesado, por fin, despues de haber caído á torrentes durante todo el dia; pero una niebla espesa encapotaba el cielo, y, aunque apenas eran las cuatro de la tarde, parecia que ya habia llegado la noche.

Una pesada diligencia, tirada por mas caballos que de costumbre, subia con trabajo una de las dificultosas cuestas que separan á Belleville y Lyon, y los zagales caminaban á ambos lados del tiro, deteniéndose de cincuenta en cincuenta pasos para que los fatigados animales pudieran cobrar el perdido aliento.

Los viajeros se habian apeado obedeciendo á una indicacion del mayoral, y seguian el coche, renegando de los caballos, de la lluvia y de los malditos caminos.

Dos de ellos, que se habian quedado atrás, se detuvieron de pronto al llegar á un recodo que hacia la cuesta.

El uno era un hombre como de cincuenta años de edad, de aspecto dulce y risueño; el otro, por el contrario, aunque mas jóven, llevaba impresa en sus facciones una marcada desconfianza. Recorrió con la vista la campiña, medio oculta entre la niebla, y dijo á su compañero:

—¡Vaya un tiempo y un año, primo Grugell! Apenas ha vuelto á entrar en su cauce el Soma, y ya amenaza inundar de nuevo los valles.

—¡Dios nos libre de que tal suceda, Gontran! respondió el hombre de dulce fisonomía; pero el arco de alianza puede aparecer sobre el diluvio de un momento á otro.

—Sí, replicó el viajero mas jóven con acento un tanto irónico, sé que teneis la manía de que os acompañe siempre la esperanza.

—Así como vos la de no separaros nunca del desaliento.

—Acaso no tengo razon para ello al ver el estado de las cosas del mundo? ¿Dónde están la paz, el orden y la prosperidad? ¡Yo no oigo hablar mas que de incendios, de epidemias, de diluvios y de homicidios! La maldad de la naturaleza aniquila á lo que refrena la maldad de los hombres, porque hasta la materia bruta parece que tiene instintos de destruccion: los elementos son como los pueblos, que no pueden vivir cercanos sin hacerse la guerra.

—Ese es un lado de las cosas, primo; el lado triste, pero todavía tienen otro del cual no os he oido hablar jamás. Vuestros ojos se fijan siempre en el volcan que ahuma el horizonte, y no quieren descender á los campos de trigo, ya en sazon, que undulan á vuestros pies. Por último, yo creo que existe felicidad en el mundo.

—¡Ay! no lo sé; repuso Gontran con acento triste.

—¿Pero vos mismo no teneis una magnífica posicion?

—Es muy cierto, Grugel; mas, sin embargo, no he podido encontrar en todos los bienes, que debo á la suerte, la paz y la alegría.

—Pues qué podeis desear? Sois rico, estimado, teneis una familia que os quiere...

—Sí; observó Gontran; pero mi fortuna me ha proporcionado el enojoso pleito por el cual acabo de hacer un tercer viaje á Macon; mi buena reputacion no ha impedido á mi adversario que me injuriara por boca de su abogado; y en cuanto á mi familia...

—¿Qué? preguntó Grugel.

—Que mi hermana... con la cual vivia tan cariñosamente...

—Acabad.

—En una palabra, que acabo de reñir con ella.

—Pero eso no será nada, y muy pronto tal vez volvereis á hacer las paces.

—No lo creais: estoy cansado ya de establecer, sin provecho, el orden en sus intereses: su falta de consecuencia y de razon ya me ha hecho sufrir bastante.

—Pensad en su escelente corazon y la perdonareis.

—Vamos, siempre encontrareis algun motivo para que yo lleve mis pesares con paciencia: nunca os falta un remedio para cada herida del alma, y si yo os incitase un poco, aun me probariais que me quejo injustamente, y que en el mundo todo marcha á las mil maravillas.

—Perdonadme, observó Grugel; no deja de haber en el gobierno de la tierra algunas cosas que me lastiman, como á vos; pero yo no estoy seguro de poderlas juzgar con acierto. La vida

es un gran misterio que se escapa á la limitada penetracion del hombre. Será preciso confesaroslo; pero hay momentos en que me persuado de que Dios, al afligir con tantos males á las criaturas, no lo ha hecho sin intencion. Si los hombres hubiesen sido constantemente dichosos, invulnerables, se hubieran hecho insensibles; cada uno hubiera contado con su fuerza individual, se hubiera complacido en su aislamiento, y hubiera vivido sin simpatías hácia sus semejantes. La flaqueza, por el contrario, ha obligado á los hombres á unirse, á protegerse, á amarse; y el dolor se convierte en un vínculo al cual debemos los mas nobles y dulces sentimientos; la gratitud, la abnegacion, la piedad!

(Se continuará).

(Traduccion.)

JOSÉ MARCO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

La jóven guardó silencio; nada se atrevió á decir.

—¿Tú le conoces? volvió su padre á preguntar.

—Sí, respondió al fin con voz débil.

La frente del señor de Padilla se nubló de una manera visible, y su fisonomía tomó una espresion de solemne severidad.

Luisa, con los ojos bajos, aguardaba inmóvil que su padre volviera á hablar.

—No sé que relaciones pueden existir entre un desconocido y una jóven honrada, que sean un misterio para su padre; pero como en este momento solo quiero esclarecer la verdad de un crimen cometido en secreto, y sobre el cual reclama un pronto castigo la justicia de los hombres, te debo hablar como juez, olvidando por un instante que soy tu padre, y exijo que me digas cuanto sepas de este triste asunto, del que parece te hallas enterada. Vamos, espícame: ya espero tu respuesta.

—Padre mio, respondió la esposa de Pablo: nada puedo decir: mis lábios se encuentran sellados por un secreto terrible: ¿quién es el verdadero criminal? Dios solo puede alumbrar la razon de su juez, para que no confunda al culpado con el inocente. En cuanto á mí, nada me es dado hacer. Solo responderé ante Dios y ante los hombres, que Cisneros no ha vertido la sangre de ese infeliz, cuya muerte lamentamos.

—Entonces ¿quién es? ¿sobre qué personas recaerán las sospechas? ¿qué cabeza será digna del castigo?

—¡Oh! nada me pregunte V., padre mio.

—Luisa, Luisa, tus palabras encierran un arcano que en vano trato de penetrar: habla; y si el juez tiene que olvidar cuanto digas, confía en tu padre, y háblame como á tal.

—Menos aun, respondió de nuevo la jóven en medio de la mayor desesperacion; tendria que desgarrar su corazon de V., tendria quizá que llenar para siempre su existencia de amargura.

—Mas...

—No, no puedo.

—Aclara este misterio.

—Jamás.

—Un padre te lo ordena, un anciano te lo suplica.

—¡Oh! ¡por piedad! no puedo.

—¡Luisa!

—Por la memoria de mi madre, yo le suplico á V. que nada mas me pregunte.

—Escucha, hija: si confías tus penas á mi corazon, yo salvaré á ese hombre. Veo que sufres, que tu razon se extravía; pero para librarle necesito una prueba cualquiera, un ligero indicio que me lleve hasta el verdadero delincuente. Dí...

—Entonces la dejará morir, no me dirá... ¡Oh! ¡le conozco muy bien y será capaz de hacerlo!

—¡Deliras!

—No, no estoy loca, pero soy muy desgraciada.

Luisa cayó en los brazos de su padre falta de sentido y de aliento.

El señor de Padilla la colocó en un sofá y la prodigó los cuidados mas tiernos.

Hizo que la condujeran á su lecho, y volvió á su cabecera, pues la fiebre habia invadido su cerebro y deliraba sin cesar.

El infeliz anciano sin comprender aun toda la estension de la desgracia que estendia su negro velo sobre su apacible hogar, lamentaba los extraordinarios sucesos que asi turbaban su paz.

¡Oh! todos los pesares, todos los dolores que afligian á aquellos corazones, provenian de dos cosas fáciles de evitar.

La desobediencia á los preceptos de un padre, el haber dispuesto de su porvenir, sin aguardar que su cariñosa bendicion santificase su ventura, era la causa de las angustias de Luisa.

Un amigo corrompido y desordenado, un mal consejero, que halagando sus malas pasiones habia viciado á Julio, era el motivo de la perdicion de este; acaso de la ruina de toda su familia.

Si ambos jóvenes, apoyados en la esperiencia del anciano, hubieran recorrido la senda de la vida, buscando solo inspiraciones y amparo en su paternal ternura; si sus corazones llenos

de confianza hubieran depositado siempre sus secretos en aquel amante y bondadoso seno; ni una lágrima hubiera manchado el cristal de su dicha, ni una nube hubiera empañado el cielo de su ventura.

Pero cada falta lleva en sí misma el castigo, y Julio y Luisa le sufrian bien cruel, por haber dudado en preferir y llamar su sola guia al noble y honrado autor de su existencia.

Mendoza, única causa de tantos males, habia sabido el accidente de la jóven y vagaba sin cesar junto á su aposento, pues temblaba que en un instante de delirio lo revelase todo á su padre.

Al fin al brillar la aurora, D. Alonso salió del cuarto de su hija y se dirigió al suyo, donde tenia que empezar de nuevo á trabajar, para llevar á cabo la tarea empezada en el dia anterior.

Ni Julio ni Luisa habian hallado tampoco un instante de reposo.

CAPÍTULO XII.

Al segundo dia de la prision de Pablo, se presentaron á tomarle declaracion D. Alonso mismo, el notario y algunos testigos.

Cisneros no conocia personalmente al padre de su esposa, pero al oír su nombre, fijo en él una mirada lenta y espresiva llena de deferencia y afecto.

En el primer momento, pensó arrojarse á sus piés y revelárselo todo.

Pero despues reflexionó, y este paso le pareció entonces inconveniente, por dos razones: la primera, porque no estaban solos y tan solemne declaracion no debia tener importunos testigos; la segunda, porque en aquel instante que se hallaba calumniado y bajo el poder de la ley, acaso el señor de Padilla hubiera podido mirarle con alguna estraña prevencion y esto hubiera sido harto triste y enojoso para Pablo.

Resolvió callar hasta que una vez justificada su inocencia pudiera presentarse de una manera digna de él y de Luisa.

Calló pues, y el interrogatorio empezó.

—¿Cuándo llegó V. á Estella? dijo D. Alonso despues de hacerle otras varias preguntas.

—Ante ayer tarde.

—¿Vino V. por el camino de Irache?

—Sí, señor.

—Aseguran que bajó V. de su caballo y que dejándole atado á un árbol, se internó en la alameda.

—Es una verdad.

—¿Y cuál fué su objeto de V. al detenerse en tal lugar?

—Permítaseme callarlo.

—¿Ignora V. que ese silencio puede contribuir á trocar en certidumbre lo que ahora son solo sospechas?

—Yo nada sé, sino que mi conciencia está tranquila.

—Sin embargo, todo se reune para hacerle reo de un delito terrible.

—No sé cual pueda ser.

—El asesinato de un hombre.

—¿Cómo! será cierto!

—Si: ayer amaneció el cadaver de un anciano arrojado á la acequia que desemboca en el Ega, y todas las apariencias le señalan á V. como autor de su muerte.

—¿A mí! ¿pero qué pruebas existen? ¿por qué se me acusa?

—En el lugar donde se perpetró el homicidio se han hallado unos papeles que le pertenecen: entre ellos unas cartas que están dirigidas á don Pablo Cisneros.

—Ese es mi nombre.

—Tales documentos han sido encontrados sobre la yerba ajados y esparcidos.

—¡Dios mio! ahora recuerdo... Si yo le dí mi cartera y en ella tambien habia...

—Billetes de banco.

—¡Oh! no es eso solo: alguna cosa de mas interés para mí ha debido hallarse á la par.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MODAS.

Jamás han tenido las bellas damas que prefieren á las incomodidades de los viajes el blando sosiego de sus casas de Madrid, mas ocasiones de lucir lindos y frescos trajes.

La coronada villa no está, en el presente estío, árida, abandonada y solitaria: tiene dos circos ecuestres, compañía dramática italiana, y, sobre todo, los espaciosos y animados Campos Eliseos, tan agradables y tan favorecidos por la sociedad elegante en las noches de teatro y en las que hay concierto por la orquesta, dirigida por la inteligente batuta del Sr. Barbieri.

Falta hacia en Madrid un sitio de recreo en la estacion de los grandes calores, y fuerza es convenir en que la empresa merece todo el favor del público, pues no perdona medio ni gasto alguno para complacerle.

En el elegante salon de conciertos, hemos visto cada noche á todas las damas verdadera-

mente distinguidas que quedan entre nosotros.

Los trajes que mas favor alcanzan son los de muselina blanca y los de gasa de Chambery.

Las formas son las de costumbre: los fraques van ganando terreno, y se hacen con largos faldones, hasta los de muselina blanca; sin embargo, creemos que esta hechura no entrará en la plenitud de su favor hasta el invierno, porque es mas propia de las telas de mucho cuerpo que de las ligeras.

Hoy constituyen una linda novedad los cuerpos de tres petos en la espalda: de cada uno de estos petos pende una borlita de seda torcida de un color mas subido que el del traje: por delante forman dos petos, ó peto cuadrado: la hombrera ó jokey forma tambien tres puntas con otras tantas borlas.

Nosotros, mis bellas lectoras, no queremos hablaros mucho de rasos, encajes y plumas: lo creemos inútil, porque son pocas las fortunas colosales, para cuyas poseedoras son á propósito tales descripciones.

Además, os voy á decir al oído una cosa: el lujo actual asusta al sexo fuerte: tengo yo algunos amigos, jóvenes, buenos mozos, el que menos con veinte mil reales de sueldo ó renta propia, á los que pregunto algunas veces:

—¿Por qué no se casan ustedes? ya ha cumplido el que menos veinte y ocho años, y deben encender el fuego santo del hogar doméstico.

¡Ay, amigas mias! siempre me responden la misma cosa!

—¿Quién se ha de casar—esclama uno por todos—con el lujo que hoy quieren, usan y necesitan las mujeres? en dos vestidos ¡dichos sueldo de un año! mi madre dice que, cuando era joven, solo gastaba, por toda gala, un vestido de tafetan negro.... ¿sabe V. los que tiene una amiga de mi hermana? diez y ocho, y se queja de que no puede salir: ¿cómo se casa uno con mujeres así?

Como nosotros oímos esto y otras cosas, procuramos y procuraremos siempre que EL ANGEL DEL HOGAR no aumente el mal con perniciosos consejos: no hay necesidad de gastar enormes sumas, ni de cubrirse de telas caras, de brillantes y de plumas para ser elegantes, y esta verdad, inmutable como todas las verdades, brotará siempre de nuestra pluma.

Este año, la aristocracia se ha citado en San Juan de Luz: dicen que Deva está silencioso y triste: pero yo tengo una amiga muy bella y muy joven, que, aunque vá á San Juan de Luz, no ha considerado necesario llevar un cofre lleno de trajes de máscara, como algunas llevan, porque no es rica ni pretende parecerlo.

Ved aquí dos lindos trajes que me ha enseñado:

Es el uno de muselina blanca muy fina: en el bajo lleva cinco bieses pequeños, orillados de puntilla blanca: otros tres mas pequeñitos forman la hombrera y vuelta de la manga, que es de codo, y mas ancha de arriba que de abajo.

El cuerpo es liso y alto, pero tiene el forro escotado.

El otro es un vestido de gasa de Chambéry azul con rayitas blancas muy pequeñas: en la parte inferior de la falda, lleva dos ruches describiendo ondas, de tafetan azul: el cuerpo se halla sustituido con una casaquilla flotante, que forma por detrás un frac y por delante se abre sobre un primeroso chalequito de batista blanca: una pequeña corbata, tambien de batista blanca, guarnecida de Valenciennes, completa este lindísimo traje.

En alpaca blanca se hacen trajes deliciosos: he visto uno que me ha enseñado una hábil modista, que consta de falda muy larga, y de un gabancito sumamente pequeño y algo flojo, que pasa poco del talle, formando unas solapas en cada costura: este precioso vestido está adornado de terciopelitos negros formando cuadros.

Ahora bien: la alpaca blanca, nevada, deliciosa por su frescura, cuesta á ocho reales vara: ¿y es por eso menos bella y cautivadora?

El precio de la muselina blanca es de siete á diez reales: su anchura extraordinaria: un vestido, como el descrito, sube á cien reales: ¿perderá algo de su transparencia delicada, de su gracia juvenil un traje de esta tela?

La granadina cuesta de doce á diez y seis reales vara: un traje de esta tela es muy fácil de obtener á una señora ó señorita de fortuna muy mediana: ¿y no os parece, madres de familia, que una jóven de diez y seis á veinte años estará mas elegante cuando os acompañe á hacer visitas ó á paseo con un traje de esa tela que con uno de glasé fuerte como una tabla, pesado como una mala conciencia y como un amigo gorrón y pedigüeño?

Queridas niñas, jóvenes encantadoras: no exijais mas que un vestido de tafetan á cuadritos ó de granadina, y un sombrerito de crespon muy gracioso y muy lindo, eso sí: los sombreros no admiten medianía en su autora, y, como en muchas cosas, la forma es el todo.

Los echarpes hacen solemne aparicion en el mundo elegante: los hay de todos precios: lo mejor es hacerlos de tela igual al traje y con un guarnecido que armonice con el mismo: tambien los negros, de glasé, bordados en trencillas de seda negra, hacen un efecto muy bonito sobre todos los vestidos de telas sencillas y ligeras.

No: jamás comprenderemos á la juventud cargada de galas, como no comprenderíamos una rosa encapitotada de terciopelo, una cuna llena de monedas de oro, una niña cubierta de colorete, un niño gimnasta, una alondra vestida con las plumas de un pavo real, un poeta avaro; y como no comprendemos todo lo que es grande, noble, bello, puro, gracioso y encantador, disfrazado con la mascarilla del engaño, de la vanidad y de la ruinosa ostentacion.

PAMELA.

DIBUJO DE TAPICERIA.

El grabado que repartimos con este número á nuestras amables suscriptoras, es un dibujo para un saco de viaje, *camino de hierro*, cuyo título está justificado por la pequeña locomotora que se vé en el centro: ejecutado sobre *canevas* mediano, produce este dibujo un lindo saco de noche. Las suscriptoras que deseen hacer un saquito para la labor, pueden conseguirlo suprimiendo la parte comprendida en el adorno encarnado, que se vé por debajo de la locomotora, lo cual es muy fácil.

Los otros dos modelos pueden servir para alfombras, almohadones, y hasta, si se quiere, para el reverso del saco *camino de hierro* y sus costados.

La locomotora puede suprimirse tambien, poniendo en su lugar la cifra de la persona que haya de usar el saco.

Es una preciosa y agradable labor para ejecutarla á orillas del mar ó á la sombra de los árboles del jardin, y despues de concluido este lindo saco y forrado en tafetan azul, verde ó carmesí, vendrá muy bien á una hermosa jóven en su viaje, de vuelta á su casa, para colocar en él los dulces para el camino, el libro agradable y útil, que debe ser el compañero constante de nuestro sexo, y la *parure* ó juego de mangas y cuello limpio que ha de reemplazar al ajado que lleve, y que sin duda cambiará para sentarse á la mesa de la fonda. Cabe asimismo en él una cajita con una pastilla aromada para las manos, y un peine de concha para alisar los cabellos.

Todos estos delicados objetos se horrorizarían al verse en un saco de viaje masculino. y por eso les dedicamos este bonito y blando asilo.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRENTA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.